

ENCUENTROS EN EL VIAJE A LA ARAUCANÍA  
DE IGNACIO DOMEYKO:  
LA NATURALEZA Y EL ARAUCANO

*Lilianet Brintrup*  
Humboldt State University

Ignacio Domeyko escribe su libro titulado *Araucanía y sus habitantes*<sup>1</sup>, a partir de su viaje a la región de la Araucanía realizado en 1845 y cuando ya llevaba veintidós años en Chile.

Domeyko perteneció a una familia de la más antigua nobleza polaca, dueña de vastos territorios. Sus padres fueron don Hipólito Domeyko, juez de Nowogrodek, y su madre doña Carolina Ancuta. Domeyko nació en Niedzwiacka, estudió de niño en Szczuczyn en el colegio conventual de los Padres Pfos y posteriormente en la Universidad de Vilna, donde entró en 1816 a la Facultad de Ciencias Naturales<sup>2</sup>. Vivió en Zapole, Lituania, hasta los 28 años, momento en que junto con sesenta mil polacos tuvo que abandonar Polonia debido a su participación en la insurrección del país en 1830, exiliándose primero en Francia en 1832, para posteriormente viajar a Chile el 2 de febrero de 1838, contratado por el gobierno de Chile, para dar clases de química y mineralogía en el Colegio de Coquimbo<sup>3</sup>, por cinco años. Desde la desgracia del

<sup>1</sup> Ignacio Domeyko, *Araucanía y sus habitantes*. Edición, selección, notas y prólogos de María Paradowska y Andrzej Krzanowski. En este trabajo utilizo la edición publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos en Warszawa-Kraków, en 1992. Traducción directa del polaco al español por Mariano Rawicz de la edición definitiva en tres tomos, publicada en 1962 por la Universidad de Cracovia. Libro publicado por primera vez en 1845.

<sup>2</sup> En *El Correo de Varsovia* del 2 de agosto de 1884 se mencionan los nombres de sus padres; citado por Domeyko en *Mis Viajes: Memorias de un exiliado*, (p. 896, T. 2).

<sup>3</sup> Datos biográficos obtenidos de los siguientes libros: Hernán Godoy y Alfredo Lastra, *Ignacio Domeyko, un testigo de su tiempo. Memorias y correspondencia* (1994); Julio Pinto Vallejos, Javier Jofré Rodríguez y Ricardo Nazer Ahumada, *Ignacio Domeyko, José Tomás*

exilio, desde 1844 hasta su muerte en 1889, realizó en Chile una actividad que devino más y más científica y profesional. El historiador chileno Miguel Luis Amunátegui lo sintetiza con claridad:

“... Ignacio Domeyko, no sólo descubría fósiles i minerales, i escribía disertaciones jeológicas [sino además] procuraba que se ejecutaran operaciones previas para resolver con toda seguridad importantes cuestiones relativas a los más graves problemas científicos. A Domeyko se debe la organización de las profesiones de arquitecto, ensayador general, ingeniero de minas, ingeniero geógrafo e ingeniero civil. No sólo contribuyó al arreglo del plan de estudio de la facultad de matemáticas i ciencias físicas, sino también a los de las facultades de medicina i de leyes”<sup>4</sup>.

Como dato ilustrativo de la dimensión de su trabajo, se puede señalar que dictó clases de geognosis, mineralogía, geología, química y física, y que escribió un total de 394 obras: 307 estudios sobre mineralogía, 30 sobre geología y paleontología, 1 sobre física, 11 sobre química, 15 sobre metalurgia, 6 sobre pedagogía y 24 estudios de materias diversas, entre los que están *Mis viajes. Memorias de un exiliado*<sup>5</sup> y el libro al que me voy a referir en este trabajo, *Araucanía y sus habitantes*, verdadera mezcla de narración y de prácticas científicas, una combinación de observaciones empíricas y especulación imaginativa<sup>6</sup>. Se trata de un viaje planeado y organizado

---

*Urmeneta, Juan Brügger. Tres forjadores de la minería nacional* (1993); Jaime Quezada, *Ignacio Domeyko: sabio y gran viajero* (1993); Maria Paradowska, “Introducción”, en *Ignacio Domeyko. Araucanía y sus habitantes* (1992); Andrzej Krzanowski, “Prólogo”, en *Ignacio Domeyko. Araucanía y sus habitantes* (1992); Aniela Szwejcerowa, *Ignacy Domeyko* (1975); Arturo Aldunate Phillips, *Una flecha en el aire y otros ensayos* (1965); Raúl Silva Castro, *Panorama literario de Chile* (1961); Augusto Orreco Luco, *Recuerdos de la escuela* (1953); Berta Lastarria Cavero, *Ignacio Domeyko y su época, 1802-1888. Héroe e ilustre polaco. Sabio eminente. Hijo adoptivo de Chile* (1936); Miguel Luis Amunátegui, *Ensayos Biográficos*, Tomo I (1893).

<sup>4</sup> M. L. Amunátegui, *Ensayos Biográficos*. Tomo I. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1893, pp. 353, 356.

<sup>5</sup> Ignacio Domeyko, *Mis viajes. Memorias de un exiliado*. Tomos I-II. Traducción directa del polaco por Mariano Rawicz. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1978.

<sup>6</sup> Sus modelos provienen de científicos y viajeros europeos que Domeyko conocía y juzgaba, como, por ejemplo: E. Poeppig, Meyen, Eschholiz, Kitlitz, Muller, Hartaub, Bibra, Presl, Ramnellsberg, Philippi, Peterman, Moesta y, por supuesto, del naturalista Alexander von Humboldt (quien, a su vez, cita a Domeyko en su obra *Cosmos*), como también de Darwin,

de ida y vuelta a modo de una excursión que, a su vez, incorpora varias excursiones menores<sup>7</sup>. Se podría señalar que el viaje a la Araucanía de Domeyko corresponde a una gran “excursión”, a partir de la cual se escribe con un propósito específico y para un público determinado. El libro se divide en cuatro partes y sus títulos corresponden en gran medida a los propósitos de su visita. En la primera parte narra “La situación física y la naturaleza del país ocupado por los araucanos”; en la segunda parte habla de “El estado moral en que se hallan actualmente los indios araucanos, sus usos y sus costumbres”; en la tercera discurre sobre “Las causas que se oponen a la civilización de los indios araucanos, y medios que parecen más oportunos para la reducción de ellos”; y en la cuarta parte narra su “Viaje al país de los salvajes indios araucanos”, parte a la que me referiré principalmente.

La narración de Domeyko sobre la Araucanía presenta dos grandes encuentros: uno con la naturaleza de la región araucana y otro con una alteridad cultural, el indígena araucano; el cual, a su vez, es visto como parte de esta naturaleza. Ambos encuentros no están en absoluto desligados de la ideología imperante en el siglo ni de los hechos históricos del proyecto civilizador chileno, por lo que su visita a la región de la Araucanía se centra en dicho proyecto. Progresar materialmente sirviéndose de la naturaleza y civilizar a los indígenas araucanos constituían un solo gran gesto de poder.

La articulación del complejo espacio de la Araucanía muestra una dualidad ecológica a través de la cual Domeyko intenta ordenar, como también simplificar, su relación con dicho espacio. Por un lado, es amante de la naturaleza, la admira, la

---

Gay, Bertero, Pissis o Philippi, Amadeo Burat y Dana; asimismo, de algunos geólogos de la expedición de Dumont D’Urville, como Boussingault y Degenhardt. Indudablemente, Domeyko debió haber conocido el libro de Joseph-Marie barón de Gérando, *The Observation of Savage Peoples* (He consultado el libro traducido por F.C.T. Moore con un Prefacio de E.E. Evans-Pritchard. London: Routledge & Kegan Paul, 1969), donde de Gérando da una serie de “Recomendaciones” a los viajeros que visitan culturas y civilizaciones indígenas, señalando las principales faltas que los viajeros cometen en sus observaciones. Domeyko sigue algunas de las recomendaciones dadas por el barón francés, aunque cae inevitablemente en algunas de las “faltas”. La intertextualidad en los textos de Domeyko es tema para otro trabajo.

<sup>7</sup> Ottmar Ette, en su estimulante libro sobre las distintas “dimensiones” y “lugares” de la literatura de viaje, *Literatura de viaje de Humboldt a Baudrillard* (2001), ubica la “excursión” como parte de un “... cuarto tipo de movimiento en el espacio [que] parte de un centro determinado que sirve de punto de partida para realizar ‘excursiones’ que adoptan una forma más o menos circular y conducen a una ampliación en forma de estrella del espacio recorrido y descrito” (*Literatura...*, 64).

ensalza y la defiende; por otro lado, la observa deseando ver y convertir lo árido de los campos y lo exuberante de los bosques y selvas, en prados; es decir, que como geólogo entrenado, con su ojo siempre puesto en el progreso, la trata y maltrata, midiéndola, investigándola, registrándola<sup>8</sup>, controlándola para su mejor explotación, por lo que escribe con sostenida atención sobre su productividad. En ambas instancias discursivas, sin embargo, se puede observar que la articulación del espacio araucano muestra a un viajero crítico con respecto a la devastación de los bosques, a un observador sobre la interrelación estrecha entre el indígena mapuche con el bosque y de éste con sus elementos componentes. Complementa dicha articulación, el trabajo directo de simplificación con respecto a la naturaleza y al habitante nativo; así, la Araucanía aparece como un espacio poco amenazante, carente de animales ponzoñosos y donde los indígenas pueden ser, también, atentos, hospitalarios y honrados. Domeyko muestra su confianza hacia el “otro”, galopando con los araucanos, montando a pelo a caballo y corriendo como celaje en medio del polvo. Arrebatado por la excitación y entusiasmo del momento, el viajero deviene el significativo vivo de una relación con el otro que hasta ese momento no se había dado a nivel lingüístico.

## LA NATURALEZA

La naturaleza<sup>9</sup> aparece mencionada en varias y diversas instancias narrativas, las cuales clasificó provisoriamente en cinco momentos: 1) al mencionar hechos

<sup>8</sup> El registro de plantas con nombres científicos es extenso; menciono solo algunos ejemplos: el frondoso roble [*Fagus dombeyi*, Mirbel F; *australis*, Poeppig]; “el frondoso roble” = [*Fagus obliqua*] con su médula “pellín”, “canelo” [*Drimys chilensis*] de la familia de las “magnoliáceas”. “Bajo la protección del rey de los bosques crece el avellano”; “avellano” [*Guevina avellana*] [de la familia de las “*Proteaceae*”]; “copihue”, las “murtáceas”: “arrayán” [*Eugenia apiculata*], “murta” [*Myrtus ofic.*]; “luma” [*Myrtus luma*]; “temu” [*Eugenia temu*]; “quila o coligue” [*Chusquea quila*]; “raul” (pesado y duro) [*Fagus procera*, Poeppig]; “plantas parásitas y enredaderas”, “el laurel” fragante [*Laurelia aromatica*, Juss]; “laurel” [*Laurelia serrata*, Bert]; “lingue” [*Laurus lingue*, Hook]; “peumo”, “luma” [*Escallonia thyrsoides*] (Araucanía..., 59).

<sup>9</sup> Prueba también de la estrecha relación que Domeyko estableciera con la naturaleza en general, y no solo en la Araucanía, son los reales e impresionantes obsequios que lleva en su viaje de regreso a Polonia; obsequios provenientes de las montañas que tantas veces recorriera durante sus 53 años de exilio: dos meteoritos enormes del desierto de Atacama de 50 libras de peso cada uno; algunas pesadas muestras de plata; una loza de lapizlázuli y decenas de valiosos y raros minerales, los cuales reparte entre la Academia de Ciencias de Cracovia y la Universidad de Varsovia. Y prueba aún mayor es su frase significativa, síntesis de su relación con la naturaleza

históricos del pasado, en general exitosos para la cristiandad; 2) al indicar la presencia de la “mano del hombre”, a través de trabajos agrícolas como huertos, prados, jardines, plantaciones, construcciones, poblados, cercados, como también del ‘paso del hombre’ a través de la existencia de caminos y vías con su flujo de comercio, es decir, a través de todos los indicios del proyecto civilizador chileno; 3) al señalar la presencia del indígena araucano en su triple relación de interdependencia con la naturaleza que a) ofrece protección en contra de las fuerzas civilizadoras; b) ofrece sustento, en cuanto se alimentan principalmente de los piñones de las araucarias; c) es proveedora de sus armas de defensa y ataque, puesto que hacen sus lanzas de coligües; 4) al mencionar la existencia de ruinas y escombros de las construcciones de los primeros conquistadores españoles; 5) al medir, clasificar, establecer taxonomías y mencionar nombres científicos de árboles y plantas.

Sin duda que uno de los aspectos más novedosos en la construcción del paisaje natural en Domeyko radica en el entrecruce narrativo que se produce entre una naturaleza “lituano-polaca” almacenada en su memoria<sup>10</sup> y una naturaleza nunca antes vista, aunque conocida principalmente a través de su lectura y citación del poema épico *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga<sup>11</sup>, texto con el cual dialoga profusamente. Durante este último viaje realizado en Chile, sus descripciones de la naturaleza aparecen estrechamente vinculadas a su memoria, y curiosamente parecieran constituir los escasos momentos en que Domeyko abandona parcialmente el

---

y de su recorrido espacio-temporal que marca cuatro zonas específicas del territorio chileno: Mi viaje al país de los salvajes [la Araucanía], [al] desierto sin agua de Atacama, [a] las selvas vírgenes del sur y [a] las cumbres andinas (*Mis Viajes...*, 859, T.2).

<sup>10</sup> Para el “trabajo de la memoria” en Ignacio Domeyko, ver el artículo de Lilianet Brintrup, “Ignacio Domeyko: la memoria del exilio”, en *Estudios de Literatura chilena e hispanoamericana contemporánea* (Chile, Osorno: Universidad de Los Lagos, 1994).

<sup>11</sup> Alonso de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana* (1569). Para este trabajo he consultado la edición de México: Editorial Porrúa, 1986.

Domeyko complementa su narración sobre la Araucanía con sus copiosas lecturas de relatos de viajes, especialmente del viajero alemán E. Poeppig, *Reise in Chile... (1827-1832)*, a quien cita varias veces; el *Cautiverio feliz* (1863) de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán; *Viaje a la Araucanía* (1888) de José Manuel Orrego; E.R. Smith, “Los Araucanos”, en *Imágenes de Chile* (1855); y de su indudable lectura de libros de historia de Chile, como por ejemplo, *Histórica Relación del Reino de Chile* (1888) del padre Alonso de Ovalle; *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575* (1862) de Alonso Góngora Marmolejo; *Historia militar y sagrada de Chile* (1864) de Miguel de Olivares; *Descripción histórico-geográfica de Chile* (1875) de V. Carvallo Goyeneche; *Vista Jeneral de las continuadas guerras: difícil Conquista del Gran Reino Provincias de Chile* (1864) de Luis Tribaldos de Toledo.

proyecto civilizador y progresista en el cual está sólidamente involucrado. Aunque es precisamente de esa memoria del pasado de donde trae el modelo de naturaleza que quisiera ver en este lugar de América del Sur<sup>12</sup>. En su recorrido, hecho en su mayor parte a caballo, observa semejanzas tan exactas entre la naturaleza chilena y la polaca que, en ocasiones, se ve obligado a dar explicaciones sobre la veracidad de sus comentarios. Su mirada aparece vinculada a su memoria personal y no corresponde sino a una deseada *sensación visceral de lo parecido*. Bosquecillos, árboles, arbustos, el aire y sus aromas, contribuirán a despertar sus sensaciones. Aquella naturaleza vista por primera vez le parece conocida, sin embargo, escribe: al “imponerme mirar con mayor frialdad las mismas plantas y árboles que me parecían míos, no hallé entre ellos ni un solo arbolito que sea conocido”. La ciencia, con la comprobación final de los botánicos, destruyen su ilusión: “... no descubrieron hasta ahora ni una sola planta de la misma especie que las nuestras”<sup>13</sup>. La “sensación de lo parecido” es una sensación inexplicable, porque se trata únicamente de la ilusión de que

<sup>12</sup> Josefina Gómez Mendoza, en su artículo “Los ‘Cuadros de la naturaleza americana’ de Humboldt en el inicio del género de literatura del paisaje” ((Ponencia presentada en el Congreso Internacional “Alexander von Humboldt Conference 2001” en Humboldt State University, Arcata, California, 18-22, 2001) se refiere extensamente al modelo de paisaje que el viajero europeo lleva en mente en sus viajes por el mundo. Señala, entre otros aspectos, que la historia y construcción del paisaje es concebido como “una totalidad viva y organizada, [como] la conexión sin fin de las cosas, [como] un todo del que forma parte el ser humano y donde los lugares cobran significado”; y que es precisamente “... la modernidad romántica la que ha introducido en la cultura occidental la percepción y la valoración del paisaje, a través sobre todo de la mediación estética” (3-4). Gómez Mendoza concluye que antes y después de los viajes de Alexander von Humboldt, “El ser humano y la naturaleza no pueden ser concebidos como realidades separadas”, que es exactamente lo que ocurre en el caso de Domeyko, quien al describir el paisaje de la naturaleza de la Araucanía como científico, incorpora al habitante nativo como parte de la misma, narrando también la historia, la identidad y la naturaleza del pueblo mapuche. En este proceso, Domeyko pasa de viajero científico a viajero narrador.

<sup>13</sup> Domeyko sintetiza esta sensación de lo parecido en el siguiente pasaje: “Es cosa singular, y ya lo mencioné una vez en los recuerdos de mis viajes, y le sucede a muchos amantes de la naturaleza, que cruzando bosques y soñando con su hogar, les parece ver los mismos árboles, arbustos y matorrales, a los que se acostumbraron desde la infancia y que crecen en su tierra natal. Por fuera en todas partes parece igualmente bella una parte de la tierra, aunque la vieras a mil leguas de distancia y bajo otros cielos. Los mismos colores y formas de la vida vegetal, aunque cambiando sus matices de acuerdo con la posición en que se encuentran; otros en la costa del mar, otros junto a los ríos o en los altos pastizales, otros en las laderas o en las montañas mismas. Sólo cuando te fijas con más atención y fríamente en estas plantas y árboles, que tomaste por tuyos, no encuentras entre ellos ni una sola mata que conozcas. (...) Con

la patria que lo expulsó aún existe en realidad y no solo en la memoria. Así, Domeyko trae desde Polonia lo que le hace falta para curar, sanar, cicatrizar su herida, para borrar esa línea separatoria del cuerpo y del alma que le legara el exilio. Al medir territorios, va recordando puntos geográficos que a través de los años no han podido borrarse: así, “el río Cautín” será “más pequeño que [el] Niemen en Kowno”; “el valle verde” será “igual que los campos sobre el Szczara o el Niemen”; “el río Budi” será “tan ancho y tan profundo como [el] Vilia en Vilna”; las frutillas nacidas en tierra araucana serán “iguales a las fresas de los pinares de Lituania”; el *maqui* o arándanos de esta tierra serán más dulces que los de Lituania. ¡Soberbio recuerdo el del sabor de los arándanos! El olor de los bosques, el sabor de los frutos, las formas de árboles y arbustos, la disposición de los mismos, el tamaño de ríos y montañas, el canto de los pájaros y el susurro del viento entre las hojas lo acompañan, alimentando en grado sumo su nostalgia. En una ocasión, ante la alternativa de recoger pepitas de oro a la orilla de un río o recoger frutillas, Domeyko preferirá hacer aquello que su memoria le impone: recoger frutillas “como los niños de Lituania lo hacían” (*Araucanía...*, 35). Se alegra cada vez que encuentra árboles, campos, casas, cercos “parecidos a los nuestros lituanos” o polacos: “... se ven casas de madera parecidas a las nuestras lituanas, cubiertas de techos de paja y cercas, que no había visto desde que dejé mi querido país. *Sobre todo* me alegraron los bosques trasladándome a mis lugares patrios” (*Araucanía...*, 166) La explicación, sin embargo, puede ser bastante obvia para el lector: la memoria no solo le sirve a Domeyko para sentirse *en casa*, sino que estas idas y venidas por la naturaleza europea y por la de la región de la Araucanía chilena, también le sirven para la construcción de un paisaje sereno y tranquilizador para él mismo. Domeyko, situado en medio de un paisaje agreste, exuberante, “impenetrable, indomable, [y] salvaje”, según sus propias palabras, y que además considera características propias del indígena araucano, busca elementos en la naturaleza para minimizar este sentido de lo *salvaje*<sup>14</sup>. Si la naturaleza de la

---

frecuencia me pareció ver bosques de encinas y abedules como en nuestra región de Nowogródek, pero no de pinos, porque aquí faltan solamente los coníferos, los abetos y pinos. En los bordes de estos bosques, soltando más las riendas al caballo, me pareció ver el verdor de nuestros arbustos, nuestros abedules, álamos, avellanos con sus ramas penetrantes, retoños de encinas, serbales y abajo, de vez en cuando, hiedras, helechos y arándanos negros. (...) Ese mismo día muchas veces volví a experimentar esta ilusión; me paraba, bajaba del caballo o yendo despacio me fijaba en este mundo vegetal, donde los botánicos por ahora no encontraron ni una sola planta del mismo género de las nuestras” (*Araucanía...*, 166-67).

<sup>14</sup> Para una clasificación completa del hombre salvaje europeo (“salvaje, bárbaro y monstruo”) en contraste con el “salvaje americano”, ver el estimulante trabajo de Jan Gustafsson, *El salvaje y nosotros. Signos del latinoamericano. Una hermenéutica del otro* (1998), como

Araucanía es salvaje, impenetrable e indomable y al mismo tiempo es tan *parecida* a la lituano-polaco-europea, entonces pudiera existir la posibilidad de que sus habitantes naturales (los araucanos) pudieran llegar a ser eventualmente civilizados, sobre todo considerando la persistencia con que “Desde hace trescientos años la orgullosa civilización libra aquí la batalla al salvajismo” (*Araucanía...*, 173). El clímax de lo natural *parecido* aparece cuando Domeyko señala que incluso “El cielo de la Araucanía es más parecido al nuestro [es decir el de Lituania, Polonia] que al del norte chileno” (*Araucanía...*, 168-69). La naturaleza otra, de la cual el indígena forma parte, deviene del reflejo idéntico, y no inverso, de su propio sentido, otorgándole así un nuevo valor estético. Las características compartidas y transvaloradas construyen un espacio donde el otro es percibido a través de un fuerte deseo de asimilación, como también a través de la negación ambigua de la diferencia del otro y de lo otro. El araucano y la naturaleza que lo rodea son diferentes, pero también son muy parecidos o están muy próximos al chileno-europeo.

La admiración por los “bosques de eterno verdor”, por los “vestigios de bosques”, por las “verdes praderas”, por “los verdes árboles y arbustos”, por la “espesura de los bosques de quilas cruzados con lianas, de lluvia, de la humedad del fango y de los pantanos”; su admiración por los caminos impenetrables de bosques espesos y vírgenes de robles, pellines, peumos, canelos, avellanos, arrayanes, lumas, temus, raulíes, laureles, lingues; por los campos cultivados, por manzanos frondosos, por los sembradíos de hortalizas, maíz, porotos, habas, papas; por las infinitas arboledas y matorrales de murtáceas, copihues, coligües; por las plantas parásitas y enredaderas, por los floreados y vistosos prados, por los ramilletes de árboles, por las selvas tupidas, por los innumerables ríos, esteros y lagunas; por las montañas, cuestras, por la anchura y fertilidad de los campos; por las casas y las chozas, por las heladas regiones de hielos perpetuos, por las inmensas fajas de terrenos, por los inmensos jardines, como también, y por último, su comprensible admiración por lo que constituye el clímax de su paisaje natural: “el esbelto, gigantesco pino de piñones, la célebre araucaria” (*Araucanía...*, 62). Toda esta admiración por la naturaleza de la Araucanía está cruzada por su mirada de geólogo entrenado, la cual vino a engrosar la ya doble huella existente, pasada y presente, de la historia político-social y natural del territorio indígena. Así, la mirada admirativa viene a complementar su mirada práctico-progresista dentro de un tono de franca satisfacción, incluso de alegría, puesto que los bosques son admirados por poseer “buena madera”, por sus sembrados, sus “viñas”, por la presencia de “numerosos rebaños de vacas, caballos y ovejas”, por

---

también los estimulantes y hermosos libros de Roger Bartra, *El salvaje artificial* (1997) y *El salvaje en el espejo* (1992).



sus “praderas y campos cultivados”. Se trata de una naturaleza donde el pasado y el presente confluyen debido al paso y la mano del hombre civilizador. En oposición a esta naturaleza trabajada-civilizada, aparece el paisaje de los bosques vírgenes e impenetrables por su espesura y por la inexistencia de vías camineras, los cuales, aunque dignos de admiración por su belleza natural, crean alguna incomodidad y cierto temor en el viajero:

“... largos trechos impenetrables, adonde todos los árboles, arbustos y plantas se hallan de tal modo enlazados y entretajidos con un sin número de enredaderas, lianas y cañaverales, que todo el espacio se llena de una masa deforme de vegetación, densa y compacta” (*Araucanía...*, 60).

La impenetrabilidad, la exuberancia y densidad de los bosques se señala con imágenes como la siguiente:

“... dirías que el forraje crece aquí como robles y en algunos lugares llena toda la selva de modo que sólo una culebra puede atravesarlo”, “[y] debajo de esta maraña sólo crece y se pudre el helecho, con hojas diez veces más anchas que el nuestro, y no se ven allí animales, pájaros o insectos” (*Araucanía...*, 168).

Cada vez que debe cruzar un “bosque o selva tupida y difícil de transitar”, Domeyko adelanta narrativamente su expectativa de ver un paisaje distinto: un prado, ojalá cultivado y si el prado o pradera, jardín o campo cultivado, según sus palabras, se parece a los prados de Polonia, entonces vemos completo su estado de felicidad. Su discurso oscila constantemente entre dos imágenes contrastantes, *la planicie verde* y *la montaña oscura*. Asimismo, la naturaleza es vista en su potencialidad de ser convertida en otra cosa; así la desembocadura del río Lebu “... puede convertirse en un puerto de importancia...” (*Araucanía...*, 172); cualquier vía o camino de alguna espesura podría ser reforzado como ruta principal para el comercio; se trata de un agro que se desea ver con cultura, en donde el paso y el peso de la mano del hombre ha ido y va dejando su huella histórica en pro del progreso y de la civilización. Los bosques y montañas espesos y vírgenes conflictúan al viajero en la medida en que son vistos, por una parte, como las “fortalezas eternas de la libertad e independencia del araucano” y, por otra, como “... un sótano enorme, oscuro y húmedo donde [habitan] estos árboles salvajes, indóciles”, adjetivos que antes había usado para describir las principales características de los araucanos. Escribe Domeyko:

“¿Quién sería capaz de describir esta montaña, por donde nunca pasó el hacha, ni tampoco ni uno solo de sus árboles fue utilizado? Uno entra a esta selva como en un sótano enorme, oscuro y húmedo, donde las ramas de estos árboles salvajes, indóciles, se entrelazan formando arriba una bóveda espesa, y el suelo fresco de tierra vegetal, que descansa sobre una roca de granito y no se deja

atravesar por el agua, a veces es tan pantanoso, que los caballos se hundan a cada paso” (*Araucanía...*, 203).

La doble adjetivación, válida tanto para la naturaleza como para los araucanos, viene a reiterar la idea de que las “montañas oscuras” no solo son el lugar adonde el progreso de “las planicies verdes” no ha llegado, sino que son refugio y guarida de los principios más sólidos de los araucanos: libertad e independencia. Sin embargo, la impenetrabilidad de la salvaje e indócil naturaleza es también benigna, generosa, sana y dadivosa, donde tal vez lo único temible sea el “natural” que la habita, quien se sirve de la naturaleza no solo para alimentarse y ampararse, sino también para armarse en contra de las fuerzas benefactoras, civilizadoras y progresistas chileno-europeas. De esta indócil naturaleza provienen los coligües, “... los coligües [esas] cañas con hojas afiladas, con las que hace su terrible lanza el audaz araucano”<sup>15</sup>. La naturaleza provee al indio de armas para matar y destruir; sin embargo, en otros pasajes enfatizará que la naturaleza les provee alimento: los piñones de la gran araucaria. Para el indígena, claro está, el uso de la lanza no es destruir, sino defender su propio ser libre natural, su territorio geográfico-político y la naturaleza misma de la cual forma parte. La quila (coligüe), según el viajero, es arma temible, aunque crece en medio de una naturaleza benigna, carente de plantas venenosas y alimañas temibles<sup>16</sup>. Fuera de bosques y selvas, el resto del terreno de la Araucanía, por donde aún no ha pasado la mano del chileno-español-europeo, presenta un aspecto monótono, desolador y de abandono, y donde lo único que llama su atención es la presencia de ruinas incorporadas a la naturaleza<sup>17</sup>, restos vivos de la presencia del pasado

<sup>15</sup> Un buen ejemplo de la indocilidad de la naturaleza araucana aparece en el siguiente pasaje: “En uno de estos saltos, un pico seco de “coligüe”, que sobresalía en la espesura de las “quilas”, me dio una cornada desgarrando mi ropa debajo de las costillas y rompiendo la cadena del reloj. El menor de mis compañeros araucanos por poco perdería un ojo a causa de una caña seca y tenía la cara ensangrentada. En uno de estos pasos en la espesura, al atravesar un tronco, la yegua de recambio del cacique fue golpeada tan seriamente por un tallo de “coligüe”, tan gravemente herida, que luego ya no sirvió para nada y tuvimos que dejarla en la montaña” (*Araucanía...*, 206).

<sup>16</sup> “La quila la que de su delgado ramaje y de su hoja angosta da abundante pasto a los animales: un pasto alto, frondoso, que se alza hasta las cimas de los más altos robles y laureles como si en medio de aquel excesivo lujo de vegetación, aún las yerbas y los pastales se convirtiesen en árboles” (*Araucanía...*, 60-62).

<sup>17</sup> El historiador José Bengoa nos recuerda que “Cuando el ejército chileno encontró las ruinas de Villarica [doscientos ochenta y tres años después], ya la selva había cubierto todo vestigio de vida humana” (*Historia del pueblo mapuche...*, 32).

de la Conquista española del siglo XVI. Lo que el indígena ha destruido en su lucha por su libertad en contra del dominio español, le ha cedido el paso a la naturaleza, le dio libertad a la naturaleza para su regeneración, una libertad que nunca el araucano consiguió para sí mismo. La mención de las ruinas aparece siempre inserta en una naturaleza llena de árboles que han crecido libremente, pero también Domeyko observa con satisfacción que en medio de estas ruinas se ven sembrados de trigo, sembreras y plantaciones de viñas cultivadas por los mismos araucanos. (*Araucanía...*, 56). La imagen es repetitiva: la cristiandad siembra trigo y civilización; los araucanos no solo siembran terror, sino también trigo.

Pero regresemos al árbol en particular que le ha dado nombre a la región: la “araucaria”. Narrativamente, la araucaria es una suerte de crisol, donde confluyen la belleza y lo práctico, el *modus vivendi* de los araucanos y la historia política y social de Chile. La araucaria aparece inmediatamente después del paso por las quilas y los coligües, y Domeyko la describe así:

“Una legua más lejos ya no hubo ni “quilas” ni “coligües”; un bosque hermoso, seco, robles gigantescos, debajo de ellos crecían sólo helechos enormes. De repente, entre los robles, divisé dos enormes araucarias, un poco más lejos más de una decena de estos árboles, entramos en un campo amplio, hermoso, cubierto de céspedes tupidos, con macizos de araucarias jóvenes, crecidas o maduras, sembradas como intencionadamente, formando un espléndido y encantador jardín” (*Araucanía...*, 207).

Se trata precisamente del paso del bosque al prado o jardín, más agradable todavía porque le aparecía al viajero en forma inesperada. Lo que llama la atención de la descripción anterior es que para Domeyko estas araucarias estaban “sembradas como intencionadamente, formando un espléndido y encantador jardín”. Así, después de atravesar “densos y pantanosos cañaverales”, aparece “el esbelto, gigantesco pino de piñones, la célebre araucaria”. Su descripción es acuciosa y magnífica: su “tronco” se parece “al palo mayor de un navío”, “como [a] la columna de mármol de algún templo antiguo” (60); su “cogollo [es] como manos de poderosos brazos” (*Araucanía...*, 60); “los piñones [son] el verdadero pan de los indios ... que la naturaleza pródiga en extremo, suministra a estos pueblos” (*Araucanía...*, 62). La articulación del paisaje natural alcanza su clímax en una analogía entre el árbol-araucaria y el indígena, analogía que sintetiza los sentidos y valores impuestos sobre la naturaleza y el indígena: ambos son fuertes y poderosos. La araucaria posee una orgullosa frente, un “majestuoso pino de piñones [siempre] acompañados [de] un cotejo de robles, lingues y laureles [...]. En esta patria de la incomparable araucaria, la que para su vida pide un aire libre, puro, de mucha altura, y de un suelo húmedo y pedregoso” (*Araucanía...*, 68-69). La araucaria es tratada no solo como ser vivo, que lo es, sino como un ser casi animado, con voluntad propia, que pide. Domeyko se

refiere a la araucaria como si se tratara de una persona<sup>18</sup>, cuyas reacciones más se parecen a las de un ser animado que a las de un vegetal, al decir que “[ la araucaria] no deja que se le acerquen otros árboles o arbustos;” y “no le importan las tempestades” (*Araucanía...*, 207)<sup>19</sup>. De mayor interés resulta la ubicación geográfica de esta “aristócrata de la floresta”, puesto que se encuentra en el espacio tan deseado por la mirada de Domeyko: planicie, prado, jardín o césped. Además, y para aproximarlas aún más al espacio de la civilización, las araucarias, según el viajero, habrían estado en época antediluviana en Polonia, logrando así, narrativamente, un acercamiento feliz entre la naturaleza polaca y la chileno-araucana<sup>20</sup>. Al respecto se lee:

“La araucaria (“Araucaria imbricata, pehuén, piñón”) pertenece a la familia de los pinos, por ello la llaman pino araucano. Los botánicos sostienen que nuestro ámbar es resina de araucarias antediluvianas en nuestra tierra [Polonia]” (*Araucanía...*, 207).

La descripción del árbol y del territorio de las araucarias se cierra con un conocido “motivo” de la literatura de viajes. Relata Domeyko: “Fue agradable descansar una hora en el césped de este hospitalario lugar de las bellas araucarias, [que] los caballos pacieron en la yerba exuberante y [que] el capitán relataba un caso

<sup>18</sup> En realidad la naturaleza no solo se personifica, atribuyéndosele cualidades de seres animados, sino que se la nombra con palabras de partes del cuerpo humano. Se la ve como a un cuerpo trabajable, fragmentable, objetivable. Algunas de las palabras de uso más frecuente son, *boca, pie, ceja, frente, espalda, brazo, cabellera*; también se leen construcciones como éstas: *torcerle la mano, de lado, de costado, orgullosa frente del árbol*.

<sup>19</sup> La descripción completa de la araucaria es la siguiente: “Imagínense pues un gigantesco mástil naval, liso, de 20 a 30 metros de alto, tan recto y vertical, como una columna de la mejor arquitectura. En la cúspide tiene una cabellera enorme de ramas, cada una de las cuales, encorvada un poco hacia afuera, cubierta de hojas espinosas, termina en una piña, y todas llegan casi a la misma altura formando en conjunto como mitad de un limón dividido horizontalmente en dos partes. Aunque soplaban un fuerte viento, el tronco permanecía inmóvil, y las ramas no oscilaban como en los árboles comunes, sino cada una de ellas, alternativamente se extendía y encogía. [...] Las piñas de estos pinos son redondas, esféricas, de 15 a 20 centímetros de diámetro; sus escamas no son duras como madera sino blandas y harinosas, y cuando maduran, caen, y cocidas por los araucanos, les sirven de alimento por dos o tres meses. Es pues este representante de nuestros pinos no sólo magnífico y hermoso, sino también útil” (*Araucanía...*, 207).

<sup>20</sup> Otro de los acercamientos establecidos entre ambas naturalezas se hace a través de la mención de las “frutillas [...] que como se sabe, son habitantes de este país [región de la Araucanía] y [de] aquí las llevaron a nuestra tierras [Polonia]” (*Araucanía...*, 207).

poco agradable que supuestamente le sucedió aquí a un obispo” (*Araucanía...*, 208). Es decir, el lugar donde se encuentran las araucarias, césped, jardín o prado, es equivalente a una “posada” en la ruta del viajero: allí se descansa, se toma un refrigerio, los caballos pacen y, además, se relatan historias.

## EL ARAUCANO

El encuentro con los indígenas es fundamental para la construcción de un paisaje natural sereno, tranquilo, ajeno a mayores amenazas, al que me he referido. La verdadera amenaza proviene de la inminencia de los terremotos y de un hipotético ataque por parte de los araucanos. Aunque se refiere al indígena como el “fiero araucano”, “el cruel pehuenche”, “el enemigo”, “gentiles hostiles a la civilización y sumergidos en la barbarie”, el lector percibe que durante su recorrido, Domeyko no se desplaza con miedo por este territorio visitado por primera vez, salvo en uno que otro contado momento. La alteridad se reduce al descodificarla en un paisaje sereno y falto de amenazas. Uno de los ejemplos sobresalientes corresponde al primer encuentro con una pareja de araucanos. Después de una extensa descripción física de la joven india, detiene su mirada en los ojos de la mujer y comenta: “...me miraba de soslayo, de manera salvaje pero no amenazadora” (*Araucanía...*, 170), y al describir al hombre se detiene aún con más atención en sus ojos y comenta: “... en los ojos una salvajez difícil de describir, no repugnante; ojos pequeños pero no rasgados, pardos, oscuros o negros de mirada aparentemente tranquila, indiferente, pero incrédula, a veces penetrante, con más frecuencia seca, fría, como medio dormida, no vuelta a la vida” (*Araucanía...*, 178). La “mirada salvaje” del araucano se asocia con la mirada de un animal que no atemoriza, porque no amenaza. Así, Domeyko, deshace la imagen del indígena amenazador y agresivo que pesaba en su mente debido a todas las precauciones que debió tomar para realizar el viaje y debido a los relatos y versiones sobre la conducta de este ser natural. Su guía real, apellidado Zúñiga, ofrece a Domeyko su versión oral y prejuiciosa sobre los araucanos comparándolos con animales, relato que de algún modo contradice uno de los objetivos principales de Domeyko de visitar estas tierras: “... observar al nativo americano independiente, señor, y dueño de su tierra, crónica viva de los tiempos precolombinos” (*Araucanía...*, 153). Influida por su lectura del poema épico *La Araucana*, Domeyko deseaba encontrarse con esa imagen de independencia y señorío construida por el poeta-soldado, unida a la imagen que él mismo como lector-viajero se construyera: “[Indígenas] medio desnudos, con arco y maza, [que] resistieron el poder castellano y conservaron hasta ahora su espíritu duro y lo que heredaron de sus antepasados” (*Araucanía...*, 153), y agrega idealizando, “Aquí un puñado de habitantes primarios ha conservado su espíritu, severidad y valentía de sus antepasados, los Lautaros, los Tucapeles, los

Colocolos, cuyas hazañas canta Ercilla”<sup>21</sup> (*Araucanía...*, 173). En realidad, Domeyko no ve nada de esto. Lo que ve es un pueblo nativo amedrentado por las amenazas gubernamentales y personales de seres como su flamante guía Zúñiga, quien, a su vez, en su descripción oral dada a Domeyko desautoriza no solo al poeta-soldado del siglo XVI, sino los propósitos y objetivos del científico del siglo XIX. En un tono antiépico y anticientífico, el guía Zúñiga describe:

“El indio ... es pícaro, traicionero, engañoso no soporta al cristiano ni al español, nunca se rinde por las buenas; es un *animal*, no se debe soltarle las riendas, hay que tratarlo cruel y severamente y hasta aniquilarlo, si hace falta, y sobre todo obligarlo a todo a la fuerza, ni dejarle en paz ni darle descanso” (*Araucanía...*, 190)

Domeyko, a su vez, no solo desautoriza las palabras de su guía Zúñiga<sup>22</sup>, al narrar sobre el carácter dócil y afable, sobre la hospitalidad y honradez del araucano, sino que tampoco pudo corroborar las palabras de Ercilla con respecto a la independencia y libertad de los araucanos. La idea brutal de dominación por parte de Zúñiga

<sup>21</sup> José Bengoa en su libro *Historia del pueblo mapuche* traza la historia del ‘araucano patriota’: “fiero, libertario, independiente, indómito, valiente”; ya Simón Bolívar, apunta Bengoa, en su *Carta de Jamaica* los había llamado ‘fieros republicanos de la Araucanía’. Bengoa también cita un pasaje del folletín *La Clave* de 1827, en donde se los compara con los “semidioses de la antigüedad”, poniendo al Hércules griego muy por debajo de Caupolicán y Tucapel. Por otro lado, Bengoa señala que don Juan Egaña, quien fuera el primero en difundir las ideas del filósofo francés Jean Jacques Rousseau en Chile, veía en los araucanos al indígena incontaminado y puro, es decir al ‘buen salvaje’ rousseauiano, que vivía alejado de los vicios de la sociedad. Para Egaña, la Araucanía “es la dichosa región que desconoce los usos de la Europa y los vicios del gran mundo” (*Historia del...*, 139). Domeyko se referirá en por lo menos tres ocasiones a la ‘bondad natural’ del indígena, en comparación de oposición con el europeo lleno de vicios. Domeyko también idealiza románticamente al indígena, sobre todo por el contacto personal con ellos, y a pesar de todas sus faltas criticables.

<sup>22</sup> Y no solo desautoriza las palabras de su guía, sino que se las arregla para adjudicarle a Zúñiga en la descripción que hace de él, una característica medio animálica, incluso un tanto monstruosa: “(...) su mano [era] tan gruesa y ancha, que no pud[o] asirla, y tan seca y dura como una tabla” (*Araucanía...*, 176). Esta ‘respuesta’ de Domeyko fue probablemente animada por el hecho de que Zúñiga, junto con ser medio-araucano, hijo de india y español, había crecido entre gente “semisalvaje que participaba en malones” (*Araucanía...*, 175). Por otra parte, Zúñiga es el mediador del diálogo entre Domeyko y los araucanos, es el que interpreta y “explica” a Domeyko lo que éste no entiende. En otras palabras, Zúñiga es el responsable de la perfecta incomunicación-comunicación oral tripartita. El comentario de Domeyko, a propósito de las manos de Zúñiga, fue hecho también, probablemente, en respuesta a la desvirtuada y

se contraponen a la imagen construida por Domeyko no solo gracias a su lectura del poema-épico de Ercilla, sino también por su propia interacción con los indígenas. Si bien es cierto que Domeyko no se encuentra con el indígena libre e independiente, tematizado por Ercilla, se encuentra, sin embargo, con una geografía idéntica a la descrita por el poeta. Domeyko corrobora cada una de las descripciones del paisaje natural y geográfico que hace Ercilla<sup>23</sup>; no hay reevaluación o reinterpretación de lo visto por el poeta. Domeyko no coteja la nueva información. Se observa una coincidencia exacta y absoluta. Extraña y paradójica resulta esta confianza de un científico en un poeta. Tal vez habría que pensar que su lectura devota por el poema reside en el valor que Domeyko le atribuyó al texto de Ercilla, que además de ser un poema épico consagrado, es un relato de viaje, versificado, que muestra a un viajero, como Domeyko mismo, uno soldado y otro científico, tan testigo de los hechos el uno como el otro. En otras palabras, el valor para Domeyko no reside tanto en el dato geográfico específico ni en las descripciones y características de los indígenas, sino en el hecho mismo de que ambos escriben, en que eso 'otro' devino texto. 'Armado' así de dos discursos opuestos, Domeyko se desplaza con tranquilidad por el territorio indígena y crea una narración en donde la fiereza de sus habitantes es depuesta en favor de la honradez y de la hospitalidad; de tal manera que después de uno de los más importantes encuentros con centenares de araucanos y sus correspondientes caciques, quienes se habían reunido "para recibirme y hacerme homenaje" (*Araucanía...*, 217) y después de haber recibido contundentes muestras de hospitalidad, Domeyko exclama:

"... esta gente *injustamente llamada salvaje*<sup>24</sup> [y agrega]: "Si quisieran podrían robarnos sin misericordia y ahogarnos. Ellos mismos en sus brazos llevaron las cosas a la canoa y del otro lado devolvieron todo completo a nuestros sirvientes (*Araucanía...*, 215).

---

poco feliz imagen de los araucanos que éste le diera a Domeyko. La estima, preocupación y respeto por los indígenas de Chile por parte de Domeyko, me aventuro a señalar, se pone en evidencia, entre otros hechos y reflexiones, a través de su comentario sobre su guía.

<sup>23</sup> Un ejemplo: Cuando Domeyko llega a la cumbre de Marihuenu, escribe: "(...) saqué del bolsillo *La Araucana* de Ercilla, leí como canta el triunfo de los indios independientes. Primero que nada me extrañaba la precisión con que pintó la forma de esta cuesta el poeta invasor: 'la subida no es mala del camino, / más todo lo demás despeñadero: / tiene al poniente el bravo mar vecino, / que bate al pie de un gran derrumbadero, / y en la cumbre y más alto de la cuesta / se allana cuanto un tiro de ballesta'" (*Araucanía...*, 156).

<sup>24</sup> El destacado es mío.

La valoración del indígena la establece cuando observa que alrededor de una choza araucana hay sembradíos. Admirando este tipo de sembrado por mano araucana, acto que los aproxima a los civilizados, Domeyko niega que la única acción de los indígenas sea “sembrar” el terror en los campos, como prejuiciosamente había sido informado.

“Alrededor de cada casa [de los araucanos], se ven manzanos silvestres y camellones de maíz, habas y papas; estas últimas son cultivadas muy bien, en camellones rectos como hileras, de modo tal que ni en los países europeos más civilizados pueden verse mejores” (*Araucanía...*, 211).

Es decir, estos seres naturales, una vez civilizados pueden llegar a sobrepasar hasta a los europeos. Domeyko busca elementos en la naturaleza para minimizar el sentido de lo ‘salvaje’ y de la ‘barbarie primitiva’. El adjudicarles rasgos tanto positivos como negativos le permite al viajero establecer una clasificación del indígena que evidencia la seriedad científica de su observación y, al mismo tiempo, su mirada flexible y humana; de este modo los dividirá en “los araucanos salvajes”, “los araucanos más salvajes” y “los araucanos menos salvajes”.

Los rasgos positivos del indígena corresponden a signos de civilización: honestidad, cortesía en el protocolo del saludo, generosidad, hospitalidad, sometimiento a la iglesia a través de la práctica del bautismo, de la asistencia a misa y del uso de la cruz en los cementerios indígenas; uso de vestimenta europea, la posesión de la idea de Dios, conocimiento de la caridad a través del concepto de prójimo, el acatamiento de las leyes gubernamentales<sup>25</sup>, la pérdida de los rasgos indígenas. Estos rasgos son válidos en “tiempos de paz”<sup>26</sup>, en donde el indio muestra su bondad y

<sup>25</sup> Domeyko, además, es testigo de un convenio significativo entre indígenas independientes y diplomáticos europeos, que muestra la idea de prójimo y del acatamiento de las leyes gubernamentales: “Fue interesante ver a diplomáticos europeos (...) negociando de igual a igual con los araucanos, indios independientes, 350 años después del descubrimiento de América”. “Se estableció que los países europeos iban a pagar a los araucanos una onza de oro por cada naufrago rescatado de sus costas y llevado a Concepción. Los indios jamás faltaron este tratado” (*Araucanía...*, 187).

<sup>26</sup> El araucano, escribe Domeyko, en “tiempos de paz”, es cuerdo, hospitalario, fiel en los tratos, reconocido a los beneficios, celoso del propio honor. Su genio y sus maneras son más suaves, y casi diré más cultas, en cuanto a lo exterior, que las de la plebe en muchas partes de Europa. Grave y muy formal en su trato, algo pensativo, severo, sabe respetar la autoridad, dispensando a cada cual el acatamiento y cariño que le corresponde” (*Araucanía...*, 87); y unas páginas más adelante escribe: “... en “tiempos de paz” es [de] carácter afable, honrado, susceptible de las más nobles virtudes; hospitalario, amigo de la quietud y del orden, amante



generosidad y, por sobre todo, muestra su potencial civilizable, que consiste, en gran parte, en la pérdida de sus rasgos y costumbres indígenas; lo que, según el viajero, lleva a la formación de “una nueva nación, [de] millones de un pueblo conquistado para la Iglesia” (*Araucanía*, 238). Estos aspectos positivos se atenúan un tanto al anotar algunos de los que Domeyko clasifica como faltas o defectos, los cuales corresponden a signos de incivilización: el lenguaje, a través de la manera de hablar o conversar en sus parlamentos referidos como “griteríos o chivateos”, el tono de la voz, el autoritarismo del hombre sobre la mujer, el trato y confinación de la mujer araucana, principalmente por la práctica de la poligamia<sup>27</sup>, y su exclusión de la vida social, los malones y el cautiverio de población blanca<sup>28</sup>, la vestimenta rudimentaria, la falta de pelo en la cara y en el cuerpo<sup>29</sup>, los ojos y la mirada, la modalidad de tomar sus decisiones a través del juego de la chueca o de consultas a machis o brujos; pero sobre todo, la personalidad “ostentosa y alocada” que muestran únicamente en “tiempos de guerra”<sup>30</sup>, momento en que su “salvajismo” aflora de modo violento en sus

---

de su patria y por consiguiente de la independencia de sus hogares, circunspecto, serio, enérgico: parece haber nacido para ser buen ciudadano” (*Araucanía...*, 111).

<sup>27</sup> Con seguridad Domeyko desconocía las razones de este tipo de alianzas matrimoniales entre los araucanos en el siglo XIX. La poligamia practicada por los araucanos obedecía a razones sociales, a una necesidad de formar agrupaciones de familia, que constituía la organización básica de la sociedad mapuche. José Bengoa señala que: “A través de la poligamia permitía a un cacique rico e importante emparentarse con veinte o más familias de una amplia región [... de este modo] regiones enteras estaban completamente emparentadas” (*Historia del...*, 69) Dedicó un trabajo por separado sobre su encuentro con la mujer araucana y su visión sobre ella.

<sup>28</sup> Para un trabajo completo sobre el cautiverio perpetrado por los indígenas araucanos en Sudamérica, ver el enriquecedor libro de Fernando Operé, *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica* (2001).

<sup>29</sup> Al respecto, escribe Domeyko: “Lo que me choca más de ellos, es que incluso a los araucanos canosos no les crece la barba; no conocen las navajas, pero no hay ni rastro de pelo en la cara, ni bigotes, ni patillas. Me decían que se arrancaban los pelos de la barba” (*Araucanía...*, 178). Curiosamente le choca, porque lo desorienta, en la medida en que al carecer de pelo, el araucano deviene un ser un tanto inclasificable; no es civilizado (europeo) ni es bárbaro ni siquiera monstruo peludo que ande en dos patas. Para una referencia completa sobre “el salvaje europeo peludo” y lo hirsuto de su pelo, ver Roger Bartra, *El Salvaje artificial* (1997) y *El salvaje en el espejo* (1992).

<sup>30</sup> En “tiempos de guerra”, el araucano es “Cuando aparece con todo su carácter salvaje el indómito indio, como fiera insaciable de sangre y de saqueo (...) Sale con todo el horror de la naturaleza del hombre poseído de sus pasiones más brutales y bajas (...) Desnudo de cuerpo, embadurnada la cara, y levantado el pelo, es cuando da espantosos gritos, y se echa desesperado

“juntas”, debido a sus borracheras, en donde “muestra su ostentosa y alocada personalidad” (*Araucanía...*, 245). Pero también entre ambos ‘tiempos’, el de la paz y el de la guerra, la naturaleza del araucano, en palabras de Domeyko, adolece de serias faltas: “... parecen como pesados, perezosos, golosos, propensos a la embriaguez y al juego. Todo lo llevan al extremo, de tal modo que del seno de [la] calma [ceden] de repente a una especie de huracán tumultuoso (...) se enfurecen y caen en movimientos rápidos y extremados” (*Araucanía...*, 87).

La comunicación-incomunicación con el araucano presenta aspectos interesantes, puesto que no solo se da a nivel lingüístico (en donde Domeyko es el que escucha, mientras los indígenas y el intérprete son los que hablan), sino que también se da a nivel de una incisiva observación por parte del viajero sobre el protocolo del saludo y sobre el intercambio de objetos. Domeyko no habla directamente con ellos, aunque sí los observa con bastante proximidad; los escucha hablar y lo que escucha le desagrada. Todo es inentendible para él: le disgustan el tono de la voz, los gestos y la mirada de otro. Sabemos que, a modo de preparación para el diálogo con los araucanos, Domeyko viaja premunido de “regalitos”: abalorios, pañuelos de colores, collares para intercambiar con ellos, en señal de paz en ausencia de un diálogo real. A su vez, recibe regalos que pueden entenderse como parte fundamental de un diálogo deseado, aunque no concretado. Uno de los caciques, sin que Domeyko se percatara, le obsequia nuevos caballos y provisiones para la continuación de su viaje. Al darse cuenta, ya bastante avanzado el viaje, Domeyko lamenta no haber podido “darle las gracias”, es decir, no haberle podido hablar y, sobre todo, no haber podido saber su nombre para haberlo reconocido en su relato. La recepción de este obsequio tiene tremenda importancia en la narración, puesto que es partir de este gesto araucano que Domeyko articula toda una transvaloración del indígena, que no es otra cosa que otorgar a lo incivilizado valores propios internos de la civilización. A propósito del obsequio recibido, Domeyko escribe: “... no podemos dejar de notar en ello pruebas de caridad y de interés por el bien del prójimo, de una cierta fraternidad y de moral” (*Araucanía...*, 89). Por otra parte, el regalo hecho por el cacique le hará valorar y aproximar al araucano a la civilización europea: “(...) por la delicadeza con que lo hizo, lo que no sucede ni en los países más civilizados” (*Araucanía...*, 222). Hospitalidad, generosidad y honestidad araucanas son índices a través de los cuales Domeyko reafirma su tesis de que el indígena araucano es bueno y tan civilizable como la naturaleza de la Araucanía, transformación necesaria para la construcción de la república novohispánica decimonónica.

---

sobre las enemigas filas (...) Al valor e ímpetus de sus ataques une la astucia y la crueldad: no perdona a los cautivos, y si respeta al sexo, no es sino por refinamiento de malicia y por efecto de sus torpes inclinaciones” (*Araucanía...*, 101-102).

Domeyko rechaza fuertemente lo que escucha, desde el tono de la voz, los chibateos<sup>31</sup> y hasta los parlamentos<sup>32</sup> araucanos. Pero, en realidad, lo que rechaza es lo que no entiende y los sonidos a los que no está acostumbrado escuchar por lo que los cataloga de antimusicales o simplemente de *salvajes*. Toda la modalidad lingüística expresiva es definitivamente rechazada por Domeyko, por lo que en su narración leeremos muchas veces frases como éstas: “(...) alguna voz medio melodiosa, pero salvaje, desagradable al oído” (*Araucanía...*, 164) y si se trata de un grupo en sesión en uno de los parlamentos<sup>33</sup> dirá, “la vociferante indiada” y “la gritería de los indios” (*Araucanía...*, 184, 196). Sin embargo, hay un aspecto que va a rescatar como signo de lo civilizado: el protocolo del saludo. El saludo protocolar de los araucanos, ya sea en el recibimiento en sus casas, como en sus parlamentos en las juntas, que por lo general dura hasta casi una hora con grandes intervalos de silencio, consiste en preguntar por la salud de todos los familiares, uno por uno, por los vecinos, por los vecinos de los vecinos, enseguida por los animales y aves<sup>34</sup>. En un

<sup>31</sup> *Chibateo*: “o chivateo, gritos de guerra de los araucanos” (*Araucanía...*, “Glosario”).

<sup>32</sup> *Parlamento*: “asamblea de los jefes araucanos convocada para tomar decisiones en común y para tratar asuntos importantes para toda la comunidad indígena” (*Araucanía...*, “Glosario”). Para una comprensión completa sobre el parlamento y las diversas ceremonias en donde la palabra oral era el elemento central de la sociedad araucana, ver el libro de José Bengoa, *Historia del pueblo...* p. 66.

<sup>33</sup> El araucano, cuando se encuentra con alguien o recibe visitas en su casa sigue rigurosamente una serie de pasos. La usanza mapuche exige en la modalidad del habla, una entonación, ritmo y tono que hace a Domeyko compararla, en su visión etnocéntrica, con los rezos de los judíos en una Sinagoga; el saludo indígena, que aunque armónico, dice, es un tanto salvaje. Vale la pena leer este pasaje en el que divide dos modalidades en el hablar, la araucana y la europea: “Después de un breve silencio, habló el dueño ronca y tristemente, como llorando a alguien en un festejo funerario; bajaba y levantaba la voz, de vez en cuando alargando y acomodando a la octava las últimas sílabas, algo parecido a los rezos cantados por judíos en las sinagogas, en seguida cambiaba brusca y seriamente el tono a la voz de bajo y pasaba a cierto tipo de recitación pronunciando rápida y vivamente centenares de palabras no sin cierta armonía, pero salvaje, diferente a la que emiten nuestros civilizados dialectos europeos” (*Araucanía...*, 191). Sin embargo, da muestras de tener un buen oído al comparar ciertos sonidos del mapuche (mapudungun) con el inglés, la interdental (th= they), pero se equivoca al señalar que este idioma posee fonos guturales.

<sup>34</sup> Domeyko se detiene largamente sobre el carácter y sentido de este saludo oficial protocolar: “En este diálogo tan singular como extraño y fastidioso para el que no lo entiende, no se expresa otra cosa más que una recíproca benevolencia e interés de ambas partes para saber todo lo relativo a la felicidad individual y doméstica de cada uno. Pregunta el dueño de casa no solo por la salud del huésped, de sus padres, esposas, hijos, hermanos, tíos, etc.; sino que

momento de reflexión, Domeyko se refiere a la “melopea” (forma entonada) del discurso oral del mapuche con cierto desprecio al principio, pero luego se refiere a él como una lengua ceremonial, rescatando su valor en el pasado, en los tiempos precolombinos que probablemente, según Domeyko, significaba hospitalidad, estimación, cordialidad e interés genuino por otras personas<sup>35</sup>. Sin duda, para Domeyko el hecho que los araucanos aún no se han transformado en lo esencial, puesto que aún son fieros, aún pueden atacar a la población civilizada, aún no están totalmente cristianizados, aún regresan a sus prácticas y vestimentas después de haber sido educados; sin embargo, conservan en su saludo protocolar ese valor en extremo civilizado, el cual los otros (chilenos y europeos) debieran poseer. Siempre dentro del mismo proceso valorativo, establece una comparación entre esta modalidad mapuche del saludo ceremonial, digno de imitación y de encomio, con el lenguaje rebuscado, los chismes y los defectos comentados en los grandes palacios europeos en detrimento del hombre civilizado o civilizador. En otras palabras, Domeyko otorga a la cultura mapuche un valor propio, no preexistente a su viaje a América. Lo interesante y novedoso aquí es que para Domeyko, a pesar de valorar al otro según sus propios valores y prejuicios europeos, esta diferencia encontrada entre araucanos y europeos no constituye un signo de inferioridad, sino todo lo contrario: la lengua ceremonial que conlleva el sentido radical de cortesía y hospitalidad para con los demás constituye una marca diferenciadora positiva.

Encontrarse directamente con el araucano, conversar, galopar, comer de su comida: *ulpo*: harina de trigo, y *chicha*: jugo de manzana fermentado; carne de caballo<sup>36</sup>; mirar el interior de sus habitaciones; dormir en sus chozas; ver de cerca a las mujeres trabajando (“... tejía un poncho”); ver a un indígena exhibiendo su capacidad

---

también por la de los pueblos por donde ha pasado, por los ganados y sementeras, etc. Por su parte, ansiosísimo a su vez el huésped de saber todo lo relativo a la salud y felicidad de esta casa, pregunta por todos los de adentro y los de afuera; de sus relacionados, de los vecinos y los vecinos de los vecinos, expresando a cada palabra el buen deseo de que todo vaya bien, que no suceda novedad alguna, y repitiendo muy a menudo la misma cosa por atención y cariño recíproco” (*Araucanía...*, 89).

<sup>35</sup> Aunque no siempre el saludo diario del araucano “Mari, mari, peñi”, que significa “cómo estás amigo”, era bienvenido a los oídos del viajero, debido al tono agudo de la voz.

<sup>36</sup> Aunque especifica que su guía no la come, no queda claro si él la come o no; a propósito escribe: “Los araucanos comen esta carne, pero como algo raro y exquisito” (*Araucanía...*, 214-215) José Bengoa se refiere a la comida de los pehuenches, a quienes Domeyko visitara: “Su principal alimento era el piñón o pehuén de la araucaria [...] los pehuenches comían preferentemente la carne de yegua, más de su agrado que la de vaca y al parecer por el similar sabor con la carne de avestruz, favorita en esta sociedad (*Historia del ...*, 91).

creativa (como hacer “fuego con dos maderitas” o fabricar “una trompetita de cañas”); ver a araucanos exhibiendo algún talento poco común (como encontrar caminos sin marcas), hacen que Domeyko reconsidere su juicio preconcebido al viaje un tanto disturbado. Incluso la honestidad, hospitalidad y generosidad araucanas corresponden a gestos independientes del quehacer chileno, en el sentido de que son valores que Domeyko ancla en el pasado precolombino. En uno de los encuentros más importantes, cuando centenares de araucanos con sus correspondientes caciques se reúnen para recibir y homenajear a Domeyko, la descripción muestra su proximidad física con el araucano, observándose cierto temor y ansiedad por parte del sereno viajero al principio, sobre todo por la velocidad de la carrera y por el volumen del griterío; pero, al mismo tiempo, admiración y respeto por los araucanos al final. Así, el viaje de Domeyko lo lleva no solo a realizar una descripción del paisaje natural de la Araucanía, sino a determinar la naturaleza del indígena araucano inserto ya en un complejo paisaje cultural.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Aldunate Phillips, Arturo, *Una flecha en el aire y otros ensayos*. Santiago de Chile: Empresa Editora Zig-Zag, 1965.
- Amunátegui, Miguel Luis, *Ensayos biográficos*. Tomo I. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1893.
- Bartra, Roger, *El salvaje artificial*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades. Ediciones Era, 1997.
- , *El salvaje en el espejo*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades. Ediciones Era, 1992.
- Bengoa José, “Los mapuches y la Independencia de Chile”, en *Historia del pueblo mapuche*. Santiago de Chile: Ediciones Sur. Colección Estudios Históricos, 1995.
- Brintrup, Lilianet, “Ignacio Domeyko: la memoria del exilio”, en *Estudios de Literatura Chilena e Hispanoamericana Contemporánea*. Osorno-Chile: Editorial Universidad de Los Lagos, 1996: 85-92.
- Domeyko, Ignacio, *Araucanía y sus habitantes*. Edición, selección, notas y prólogos de María Paradowska y Andrzej Krzanowski. Warszawa-Kraków: Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos, 1992.
- , *Mis viajes. Memorias de un exiliado*. Tomos I-II. Traducción directa del polaco por Mariano Rawicz. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1978.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso, *La Araucana*. Introducción de Ofelia Garza de Del Castillo. México: Editorial Porrúa, 1986.
- Ette, Ottmar, *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. Traducción de Antonio Ángel Delgado. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

- Feliú Cruz, Guillermo, *Domeyko en la evolución cultural de Chile*. Discurso pronunciado en nombre de la Universidad de Chile y de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1954.
- Gerando, barón de, Joseph-Marie, *The Observation of Savage People*. Berkeley: University of California Press, 1969.
- Gómez Mendoza, Josefina, "Los 'Cuadros de la naturaleza americana' de Humboldt en el inicio del género de literatura del paisaje". Ponencia presentada en el Congreso Internacional "Alexander von Humboldt Conference 2001", en Humboldt State University, Arcata, California, junio 18-22, 2001.
- Godoy, Hernán y Alfredo Lastra, *Ignacio Domeyko, un testigo de su tiempo*. Memorias y Correspondencia. Santiago de Chile: Talleres de Editorial Universitaria, 1994.
- Gustafson, Jan, *El salvaje y nosotros. Signos del latinoamericano: una hermenéutica del otro*. Handelshokskolen I Kobenhavn. Copenhagen, noviembre, 1998.
- Krzanowski, Andrzej, "Prólogo", en *Ignacio Domeyko. Araucanía y sus habitantes*. Warszawa-Kraków: Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos, 1992.
- Lastarria Cavero, Berta, *Ignacio Domeyko y su época, 1802-1888. Héroe e ilustre polaco. Sabio eminente. Hijo adoptivo de Chile*. Viña del Mar, enero de 1936.
- Operé, Fernando, *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Orrego Luco, Augusto, *Recuerdos de la escuela*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1953.
- Paradowska, Maria, "Introducción", en *Ignacio Domeyko. Araucanía y sus habitantes*. Warszawa-Kraków: Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos, 1992.
- Pinto Vallejos, Julio, Javier Jofré Rodríguez y Ricardo Nazer Ahumada, *Ignacio Domeyko, José Tomás Urmeneta, Juan Brügggen. Tres forjadores de la minería nacional*. Santiago de Chile: Instituto de Ingenieros de Minas de Chile, 1993.
- Poeppig, E., *Un testigo en la alborada de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1960.
- Quezada, Jaime, *Ignacio Domeyko: sabio y gran viajero*. Santiago de Chile: Empresa Editora Zig-Zag: Megavisión, 1993.
- Silva Castro, Raúl, *Panorama literario de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria S.A., 1961.
- Smith, E.R., *The Araucanians or Notes of a Tour among the Indians Tribes of Southern Chili*. London, 1855.
- , "Los Araucanos", en *Imágenes de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1972.
- Szwejczerowa, Aniela, *Ignacy Domeyko*. Warszawa: Wydawn Interpress, 1975.

## RESUMEN / ABSTRACT

Este trabajo intenta mostrar la articulación del complejo espacio de la Araucanía, a través de algunas de las observaciones que hiciera el viajero-científico polaco Ignacio Domeyko, a partir de su visita a esta región de Chile (Siglo XIX). Narrativamente, Domeyko construye este espacio sobre dos de sus más relevantes encuentros: con la naturaleza y con el habitante indígena. No solo señalo sus observaciones objetivas sobre la naturaleza (clasificación de árboles y plantas, mención de la flora con nombres científicos, citación de textos de otros viajeros y científicos) y sus observaciones subjetivas sobre la misma (a través del parecido hallado entre la naturaleza lituano-polaca, yacente en su memoria, y la de la Araucanía de su tiempo presente), sino que me refiero a la peculiar relación, de fuerte carácter subjetivo, que Domeyko estableciera con el habitante nativo. Es este “viaje” que Domeyko realiza con el araucano, el que lo lleva a establecer una fuerte transvaloración del *otro*.

*IGNACIO DOMEYKO'S ENCOUNTERS DURING HIS TRAVELS IN THE ARAUCANIAN REGION:  
NATURE AND THE ARAUCANIANS*

*In this paper I describe the articulation of the complex space of Araucanian culture by focusing on some of the observation made by the Polish traveller and scientist, Ignacio Domeyko, starting with his visit to the Arauco region of Chile in the mid-19th century. Domeyko narratively constructs this space around two of his most relevant travel experiences: his encounter with the natural world and with the native dwellers of Arauco. I examine not only Domeyko's objective observations relating to nature (taxonomy of trees and plants, description of local flora in scientific terminology, references to various travel and scientific accounts) and his subjective observations (relating to the similarity he sees between Lithuanian-Polish nature –ever present in his mind– and that of the Araucanian nature present before his eyes), but also the peculiarly subjective character of the relationship that Domeyko establishes with the native dwellers. It is within the context of this “travel” among the Araucanians that Domeyko engages in a significant transvaluation of the other.*